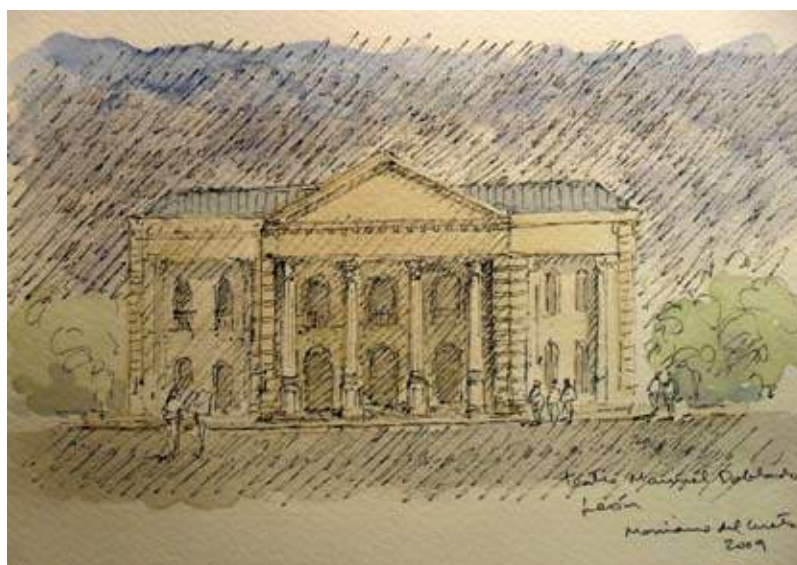


# José Noriega, 4 veces arquitecto de la ópera

por Mariano del Cueto



Palais Garnier, París (1875)



Teatro Manuel Doblado, León (1880)

La obra de José Noriega, nacido en la Ciudad de México en 1826 y formado como arquitecto en la academia de San Carlos en tiempos más que difíciles, ha sufrido la misma suerte que la de casi todos los artistas contemporáneos suyos: desdén y menosprecio por lo común, simple olvido en el mejor de los casos. Eso cuando esta obra no ha sido borrada de la faz de la tierra, como le sucedió a casi todo lo que construyó Lorenzo de la Hidalga, autor del efímero y glorioso Teatro Nacional, del que nos ocupamos en la pasada entrega de *Pro Ópera*.

Es bien sabido que la política cultural revolucionaria hizo *tabula rasa* del pasado inmediato, que del remoto novohispano ya se habían encargado de hacer lo propio quienes se ocuparon de la historia y la cultura después de la Independencia. Así, para el siglo XX, sólo hay un arte que representa lo mexicano: el nacionalista.

Los artistas activos en el siglo XIX, apenas en años recientes comienzan a ser conocidos. Diga si no el lector, con sinceridad, cuántas obras del extenso catálogo de Melesio Morales, por hablar de música, ha escuchado. Y por pocas que sean, serán más que las de Miguel Meneses, Cenobio Paniagua o Aniceto Ortega, por hablar de los más conspicuos músicos de la centuria antepasada, que tuvieron un papel relevante en el desarrollo de este arte, estrenando óperas con mucho éxito. Enrique de Olavarría nos deja constancia de ello en su monumental *Historia del teatro en México*. Y si esto ocurre con la música, no es muy distinto con la pintura y la arquitectura.

El caso de Noriega es buen ejemplo de esta manera un tanto inhjusta de mirar nuestro pasado. Se trata de un arquitecto que proyectó y construyó cuatro teatros para ópera, todo un *récord*, que tal vez no lo igualan muchos arquitectos en el mundo, y desde luego en nuestro país ninguno.

El Teatro Manuel Doblado en León, el Morelos en Aguascalientes, el de La Paz en San Luis Potosí y el Juárez en Guanajuato, fueron proyectados por Noriega entre 1879 y 1894. Él terminó los tres primeros, y el de Guanajuato hubo de abandonarlo por diversos problemas, en manos de Antonio Rivas Mercado, como veremos más adelante.

Sabemos poco de Noriega. Algunos dibujos de su periodo formativo nos hablan de una solidez considerable en el conocimiento del mundo clásico, como era de rigor en aquellos tiempos. Se sabe que pasó tres años en Europa, del 1876 a 1879, profundizando *in situ* su conocimiento de la Roma antigua, y del París contemporáneo, donde conoció bien el recién inaugurado edificio de la Ópera, construido por Charles Garnier. La influencia de este edificio en la arquitectura de su tiempo, no sólo en la teatral, sería enorme, y nuestro personaje no se sustrajo a ella.

Cabe recordar aquí la manida anécdota de la respuesta de Garnier, cuando Napoleón III inquirió por el estilo del edificio, observando la impresionante maqueta que un finísimo ebanista había elaborado (hará unos 15 años fue expuesta en nuestro Palacio de Bellas Artes, dejando deslumbrados a cuantos la vieron). “C'est du Napoleon III, Sire”. Así, Noriega vivió el auge de aquel estilo que también se conocería como “Segundo Imperio” y que se caracteriza por el uso de un repertorio clasicista un tanto abarrocado.

A la vuelta de Noriega a su patria comienza su intensa actividad como proyectista, que no sólo consistió en los citados teatros, sino que hizo también iglesias, mercados y casas, casi todo en la zona del Bajío. Como correspondía al tiempo que le tocó vivir, hizo lo que entonces se hacía, en el estilo que estaba en boga, por lo cual es visto por la historiografía revolucionaria con desdén: fue “decadente”, cuando no “cursi”, un “europeizante” más, que tuvo el mal gusto de no adelantarse a su tiempo ni estar contra lo establecido. Por lo tanto su obra, según la historia oficial, no representa a México ni tiene valor “revolucionario” alguno.

La arquitectura que hizo Noriega corresponde al mundo de las formas clásicas, inspiradas en Grecia, Roma y el Renacimiento, que la Academia, merced al uso de los órdenes Dórico, Jónico y Corintio, y del arco de medio punto, impuso como lenguaje obligado para todo arquitecto.

Todo ese repertorio formal lo tenemos en tres de los teatros —el Morelos, el Doblado y de la Paz—, que son dignos ejemplos de composición académica, sobrios y equilibrados, con esa serenidad propia del espíritu helenista, que buscaba ante todo la armonía entre las partes del edificio. Los tres han sobrevivido a largos periodos de abandono e incuria, cuando no de franca agresión, como la que perpetró aquel famoso Gonzalo N. Santos contra el coliseo potosino, cuya fachada ha sobrevivido por milagro, pues el interior ha sido totalmente transformado.

El Teatro Juárez, en cambio, resulta un buen ejemplo de conservación, si bien como decíamos al principio no es enteramente de Noriega, pues ya muy avanzada la obra, el arquitecto Rivas Mercado substituyó a don José.

Del equilibrio y mesura clasicista del proyecto original, de las que aún nos habla el curioso pórtico de entrada, Rivas pasó a un delirante eclecticismo, sobre todo en aspectos ornamentales, donde incluso un encantador neomodéjar impera en los plafones y el arco del proscenio, por no hablar de la asombrosa profusión de barrocas luminarias de fierro fundido que atiborran el interior y la plaza de acceso, cuya escalinata flanquean dos bravos leones, tan representativos de la fauna autóctona y que en toda obra de Rivas aparecen, hasta en el llamado Ángel de la Independencia (la “Victoria alada” de Niké de Samotracia, para la cual se dice que posó su malograda hija Antonieta).

En fin, después de muchos avatares y con todas las modificaciones que lo *apasticharon*, en 1903 fue inaugurado por Porfirio Díaz, de cuyo régimen este escenario es fiel trasunto, como lo es el Palais Garnier del Imperio que encarnó Napoleón III, “Le petit” (como le siguen llamando los franceses, a pesar de que medía 1.90 metros de estatura, para distinguirlo del primero, llamado “le grand”, que sólo medía 1.50).

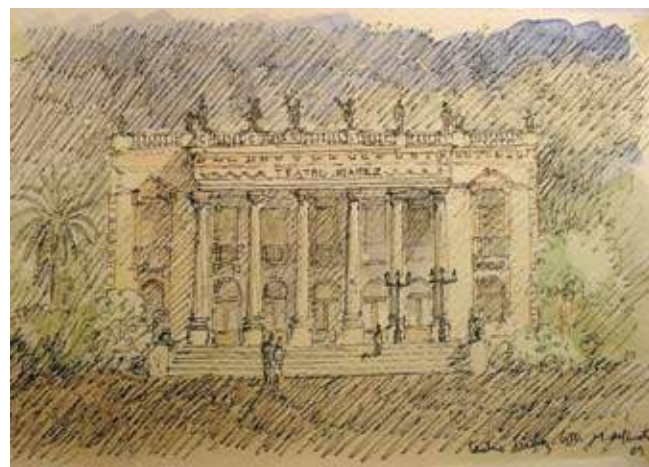
Creo que los aficionados en México tenemos que conocer a las personas que desde diversos ámbitos —no sólo componiendo o cantando— han contribuido a que la ópera siga viva entre nosotros. José Noriega, desde su disciplina artística, fue una de ellas. Tengamos un recuerdo de gratitud para él. ●



Teatro Morelos, Aguascalientes (1885)



Teatro de la Paz, San Luis Potosí (1894)



Teatro Juárez, Guanajuato (1903)